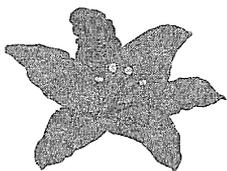


«Fuerza en la debilidad»

El Espíritu de la fidelidad, la perseverancia y la esperanza

*Víctor Codina, s.j.**

Acuérdate que eres polvo...



A medida que pasan los años, uno reconoce la sabiduría de la liturgia de la Iglesia al repetir durante siglos, el miércoles de ceniza, esta fórmula tradicional: «Acuérdate, hombre o mujer, que eres polvo y que en polvo te convertirás».

Esta frase, que hiere la sensibilidad moderna y postmoderna (y tal vez por ello ahora se puede sustituir por una formulación más evangélica: «Conviértete y cree en el evangelio»), resume la experiencia de la radical debilidad humana: polvo y barro.

Frente a todas las exaltaciones humanistas modernas, la experiencia nos engaña que la realidad humana es débil, que la carne es flaca, que la fragilidad forma parte integrante del ser humano.

Debilidad física que aparece con claridad a los comienzos y al fin de la aventura humana; enfermedades antiguas y nuevas (SIDA, Alzheimer...), vejez, muerte.

Se añaden las debilidades psíquicas, que los psicólogos se encargan de catalogar, pero que afectan a todos los mortales; la depresión ha

* Jesuita, Profesor de Teología en Santa Cruz (Bolivia).

pasado a ser la enfermedad psicológica moderna que resume todos estos males.

Pero existe una debilidad más de orden moral, la que nos hace caer en la tentación y el pecado. La historia personal y humana nos confirma en esta cruel realidad que intentamos enmascarar de mil formas, pero que está ahí: nos hemos desviado del recto camino y hemos huido de la casa paterna; somos pecadores.

Y a estas debilidades más personales se suman las sociales o colectivas del momento presente.

La familia atraviesa una grave crisis: infidelidad, violencia doméstica, separaciones, divorcio, madres solteras, mujeres abandonadas, hijos sin hogar...

Las instituciones sociales y políticas se encuentran en un *impasse*: la democracia, la mejor institución política hasta ahora, no acaba de funcionar bien y se ha convertido en prebenda de unos pocos políticos que hacen y deshacen a espaldas de la sociedad civil. La corrupción todo lo invade y mancha: La violencia y la agresividad aumentan. Estamos en una especie de «Parque Jurásico» mundial.

La humanidad vive en un momento de ocaso de las ideologías y de las utopías. Sólo el neoliberalismo se afianza como solución dogmática y casi religiosa para la salvación de todos los pueblos, dejando en la cuneta de la historia a la gran mayoría de la humanidad. A esto se le llama el final de la historia (Fukuyama).

El desastre ecológico amenaza con la supervivencia de la misma humanidad. Nadie está dispuesto a frenar el desarrollo ni a pagar el precio de un desarrollo ecológico que no agote las reservas de la tierra para el futuro. Al grito de los pobres se une ahora el grito de la tierra (Boff).

La postmodernidad, con su narcisismo que la lleva a disfrutar de la vida, es un pensamiento esencialmente débil, «light». No hay grandes relatos ni utopías, sino el día a día de la privacidad burguesa y el «carpe diem» horaciano. Hay que esperar a la constelación de Acuario para que la conspiración de la «New Age» se implante en el mundo con una nueva energía cósmica.

La Iglesia no es ajena a esta situación de debilidad. Al acercarse al umbral del tercer milenio, la Iglesia hace un serio examen de conciencia de lo que ha sido el segundo milenio que fenece, y siente

que tiene que pedir perdón por las divisiones internas que le han desgarrado, por las guerras de religión, por la Inquisición y por haber callado cuando debía haber denunciado proféticamente la violación de los derechos humanos. En el momento presente, se habla de noche oscura eclesial, de involución, de invierno eclesial. Estamos lejos de la primavera conciliar del Vaticano II. La debilidad eclesial confirma la profunda razón de los Padres de la Iglesia al hablar de ella con la expresión de «casta meretriz»

Toda esta debilidad complexiva se vive de forma acuciante en el Tercer Mundo, desde donde escribo estas líneas. Es el basurero de la humanidad, el desecho, lo que no interesa, la masa sobrante cuya natalidad hay que frenar para que no se convierta en amenaza para los ricos países del Norte. Conviene que los «bárbaros» del Sur se mantengan en sus límites, que no pretendan llegar al Norte, que no molesten... Endeudados, empobrecidos, olvidados, analfabetos, subdesarrollados, mal alimentados, con divisiones internas fratricidas, los países del Sur son, a escala mundial, el pobre Lázaro de la parábola del rico epulón. Lo extraño es que no se den suicidios colectivos y que la gente todavía celebre fiestas y cante con esperanza...

Todas estas debilidades sumadas nos ofrecen un cuadro sombrío pero real de la condición humana. Realmente, somos barro y polvo.

Tentaciones

Pero esta situación lleva aneja una serie de tentaciones. Enumeremos algunas de ellas.

Todo este contexto conduce a una sensación de impotencia, depresión e insensibilidad. No importa que la TV nos ofrezca en su pantalla rostros famélicos de niños africanos o escenas de las «favellas», de Río. Una inmensa apatía nos envenena el alma: «es la vida, no hay nada que hacer, siempre ha sucedido algo semejante, no hay que ser ingenuos y querer cambiar la historia»...

En algunos, esta situación puede degenerar en cinismo, el cinismo de los poderosos y fuertes que se rien de las lágrimas de los pobres: «en la vida sólo los vencedores merecen disfrutar, existe un darwinismo social, una lucha por la vida que origina la selección natural de las especies, el que pierde no merece vivir»...

En otros, esta situación de debilidad congénita puede llevar a una reacción fundamentalista, milenarista, incluso violenta, como algunas sectas y grupos guerrilleros que se inmolan en aras de unos ideales que no son reales, olvidando la debilidad humana.

Pero la mayor tentación es el suicidio. Se ha dicho que el suicidio es el único problema de la filosofía: ¿por qué continuar viviendo en medio de tanto mal?; ¿por qué no escoger la muerte como solución ante este juego de mal gusto que es la vida?, ¿por qué no devolver el billete de la existencia, como Iván Karamazov?

Ante esta situación, no basta con la exhortación al moralismo y al voluntarismo, a la lucha por la vida. Precisamente la debilidad hace que uno no tenga fuerza para ello. Es la impotencia, la imposibilidad moral de saltar esta barrera, la angustia, la náusea ante la vida, la acedia, el cansancio total y existencial.

No vale para esta situación de cansancio y debilidad la invocación de las verdades eternas ni de los diez mandamientos. Ni la misma vida de Cristo ofrece remedio a este mal, pues aparece como lejana y distante, como algo que exige un esfuerzo para lo que uno no se siente con fuerzas.

Vuelta al Espíritu

El Espíritu, el Espíritu Santo, es el gran olvidado de la historia de la Iglesia y de la historia de la teología. Todo este segundo milenio ha sido una era cristológica, pero muy poco pneumática. El Espíritu parecía quedar reservado en exclusividad a la jerarquía, a los místicos y a algunos grupos marginales que lo reivindicaban en nombre del evangelio: profetas, monjes, herejes, milenaristas.

Pero el Espíritu está ahí, en medio de la vida humana y del mundo. Y precisamente el Espíritu es lo más contrario a la debilidad humana.

En la primera página de la Biblia (Gn 1,2), el Espíritu se cierne sobre las aguas del cosmos recién creado, como poder fecundante y vivificante, con un gesto maternal que engendra vida y entusiasmo en la creación. En este gesto se encierra toda la fuerza vivificante del Espíritu creador que los himnos medievales cantan: «Veni, Creator Spiritus». Es bendición de Dios, fertilidad, poder inagotable, victoria sobre el caos y la muerte.

A partir de aquí podemos comprender toda la fuerza creadora del Espíritu en la historia personal y comunitaria.

Este Espíritu es capaz de crear un corazón nuevo, limpiarlo y recrearlo (Ez 36). Es lo que pide el Salmo «Miserere»: la creación de un corazón nuevo y un espíritu nuevo (Sal 51,11-12).

Es el Espíritu de la antigua visión de los huesos secos del campo que recobran vida y resucitan (EZ 37): el Dios de Israel es capaz de resucitar a su pueblo, de hacer pasar del sepulcro a la vida. Es lo que el salmista experimenta: cuando Dios retira su aliento, los seres mortales expiran y vuelven al polvo (Sal 104,29).

Es el Espíritu de la sabiduría que todo lo penetra e ilumina desde dentro (Sab 7,22 - 8,1). Es el Espíritu que suscitó caudillos en Israel y ungió a los profetas con su fuerza (Is 61).

Pero este Espíritu está íntimamente ligado a Jesús de Nazaret. Es un Espíritu que hace nacer de nuevo de lo alto (Jn 3,3-8), un Espíritu que se convierte en agua que salta hasta la vida eterna (Jn 4), un Espíritu que será para los discípulos fortaleza y defensa frente al mundo (Jn 14-16). Es el Espíritu de la Pascua convertido en nuevo sopro creador de la nueva humanidad y de la nueva tierra (Jn 20,23).

Éste es el Espíritu que desciende sobre la Iglesia primitiva en Pentecostés en forma de viento y lenguas de fuego y que hace que los apóstoles venzan la timidez y el miedo (Hch 2). Es el Espíritu que da vida al creyente frente a la ley y frente al pecado (Rm 8).

Éste es el Espíritu que ha vivificado toda la historia de la Iglesia durante dos mil años, a pesar de toda la debilidad y la opacidad del carne, hasta hacer de ella una Iglesia de profetas, de mártires, de santos, de personas que han entregado sus vidas al servicio de los pobres y marginados.

Este Espíritu continúa presente en la Iglesia de hoy, la santifica, la vivifica, la guía a la plenitud de toda verdad, la unifica en comunión, la embellece con sus dones y carismas, la rejuvenece constantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo (LG 4).

Pensemos en la prodigiosa vitalidad de las Iglesia del Tercer Mundo, en sus mártires y profetas, en sus comunidades de base, en sus pastores cercanos al pueblo, en su vida religiosa inserta en lugares marginales, en sus laicos comprometidos...

Pero el Espíritu actúa más allá de la Iglesia, está presente en el mundo como fuerza viva. Los movimientos pacifistas, ecologistas y feministas, los movimientos en favor de los derechos humanos y en favor del diálogo interreligioso, son obra del Espíritu. Es el tema de los signos de los tiempos, que presupone que el Espíritu del Señor es el que guía la historia (CS 4,11,44).

Esta presencia misteriosa del Espíritu, acentuando su dimensión personal, es lo que canta la Iglesia en su himno «Ven, Espíritu Santo»:



*«Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en nuestro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.
Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero».*

Acoger al Espíritu

Hay que acoger al Espíritu como quien acoge un don precioso. El Señor lo derrama a sus fieles, pero hay que saber recibirlo.

La oración es momento privilegiado para acoger el Espíritu, para abrirse a Él, para reconocer su presencia, para recibir sus dones. La oración es deseo, clamor desde lo más profundo, respiración de todo el ser, oxigenación del espíritu humano. Por la fe accedemos a la oración y nos abrimos al Espíritu. El Espíritu hay que pedirlo con insistencia, pues no es algo nuestro, sino dádiva de arriba que Dios da a los que lo piden con sincero corazón, como nos lo recuerda la parábola del amigo que llama a la puerta pidiendo tres panes (Lc 11,13). La misma oración es don del Espíritu (Rm 8,27).

Al Espíritu lo recibimos en los sacramentos. Una visión de la gracia demasiado objetiva nos ha hecho olvidar que el gran don de Dios en los sacramentos es el Espíritu: Espíritu que nos hace hijos del Padre y hermanos de Jesús en el bautismo; Espíritu de fortaleza para practicar

el derecho y la justicia en la confirmación; Espíritu del perdón y la misericordia en la reconciliación; Espíritu de comunión con Jesús y con los hermanos de la Iglesia en la eucaristía; Espíritu de fidelidad y amor esponsalicio en el matrimonio; Espíritu para la estructuración de la comunidad cristiana en el orden; Espíritu de salud en la unción... El Espíritu es el que hace eficaces los sacramentos, aun cuando el ministro sea indigno, y la Iglesia débil.

Acogemos al Espíritu en la relación fraterna y comunitaria, pues es Espíritu de fraternidad. En especial cuando servimos a los pobres, pues el Espíritu es el Padre de los pobres, su defensor y abogado. «Entrega la vida y recibirás el Espíritu», dice un viejo aforismo del monacato primitivo.

Acogemos al Espíritu cada vez que discernimos y acogemos los signos de los tiempos, que son señales de su presencia en medio de nosotros. Cuando hacemos nuestra ansia de justicia y de liberación de los pueblos, cuando asumimos el movimiento pacifista, feminista, ecologista..., estamos acogiendo al Espíritu, exponiéndonos a Él.

Pero ¿qué supone este acoger al Espíritu en la actitud receptiva y orante, personal y comunitaria? ¿Cómo se manifiesta el Espíritu como fuerza en medio de nuestra debilidad?

Tres estilos o talentos brotan de nuestra acogida del Espíritu: la fidelidad, la perseverancia y la esperanza escatológica.

La fidelidad, por la cual somos cumplidores rectos de las promesas hechas en el pasado. Es la fidelidad al matrimonio o al sacerdocio, a la vida cristiana y al compromiso social, a la comunidad y a la comunión, a nuestra lucha por la justicia..., y ello en medio de las dificultades que hemos mencionado antes. Es permanecer fieles. El verbo permanecer (*menein*) tiene, sobre todo en Juan, un profundo sentido místico: es permanecer en el Señor, y él en nosotros; es permanecer en su amor, como los sarmientos en la vid (Jn 15,4; 15,9). Ese Espíritu nos hace permanecer y no cambiar de rumbo en momentos difíciles, nos hace ser personas fieles a la tradición de nuestros padres, al credo bautismal que un día recitamos. Aunque vivamos en la noche oscura eclesial y aunque estemos en un «Parque Jurásico» ambiental.

Estrechamente ligada a la fidelidad al pasado está la perseverancia en el presente (*hypomenein*), que es la paciencia

histórica ante las dificultades pequeñas o grandes de la vida, el aguante, el encajar los golpes, el mantenerse firmes a pesar de las tempestades y persecuciones que nos envuelven. Sabemos que la paciencia tiene mala prensa y huele a alienación, pero hay momentos en la vida en que es preciso acudir a ella, cuando se han agotado todos los otros recursos. El Espíritu es el del Dios de la constancia (Rm 15,5). Es el Espíritu que da fortaleza a los mártires, desde los viejos mártires macabeos (2 Mac 7) hasta los modernos mártires de hoy, los de Centroamérica, África o la India, los de los campos de concentración nazis y los de los gobiernos soviéticos.

La tercera actitud que el Espíritu nos comunica es la esperanza escatológica, esperanza en el futuro, en un futuro mejor, que no es un sueño ilusorio, porque ya ha comenzado con la resurrección de Jesús. La fuerza del futuro ilumina el presente. Esta esperanza es teologal, se basa en Dios y en la fidelidad a sus promesas, es la confianza de la más pequeña de las virtudes teologales (Péguy), es la esperanza de la pequeña Teresa de Lisieux en su noche oscura, cuando se le nubla el cielo y experimenta cómo la rodea el vacío. Es la esperanza final, la esperanza en la misericordia de Dios, que es más fuerte que el pecado y que es capaz de taladrar la muerte, por su poder amoroso y recreador, haciendo que la muerte no tenga la última palabra ni el verdugo sea el vencedor (Horkheimer). El suicidio queda superado y trascendido por una vida al servicio de los demás.

Sabemos que hablar de fidelidad, de perseverancia y de esperanza en el mundo postmoderno y depresivo de hoy es una locura. O un desafío. Es reconocer la fuerza del Espíritu en medio de nuestra debilidad.

Jesús, modelo de hombre guiado por el Espíritu

Todo cuanto hemos dicho halla en Jesús su personificación más fuerte. Nacido por obra del Espíritu Santo de una Madre virgen que cree que para Dios nada es imposible (Lc 1,35.37), vivió toda su vida bajo la guía del Espíritu. La experiencia teofánica del bautismo, con la presencia peculiar del Espíritu, no es un simple género literario, sino la expresión de una profunda experiencia espiritual, su vocación profética, su unción espiritual, como los Padres de la Iglesia gustan resaltar.

Desde entonces, toda su vida tiene una orientación clara hacia el Espíritu y por el Espíritu. Por el Espíritu predica, por el Espíritu lanza demonios, por el Espíritu hace milagros, por el Espíritu reúne discípulos, por el Espíritu evangeliza a los pobres (Lc 4,16-30), como lo había profetizado Isaías (Is 61,1-2).

Este Espíritu le hace ser fiel al Padre y a la humanidad, con una entrega total, manifestada en el trabajo de los días y la oración de las noches. Jesús es el hombre fiel al proyecto del Padre al Reino de Dios, que lo anuncia y hace presente entre nosotros.

Pero este Espíritu es Espíritu de perseverancia en las dificultades, en las tentaciones, en las controversias contra los fariseos, en su pasión y en su tormento en la cruz. Su grito final al Padre es una llamada al Espíritu para que venga en su ayuda. Es un grito que personifica el clamor de toda la humanidad a lo largo de la historia. Jesús es el mártir paciente y de mucha misericordia que lleva hasta el final la tarea encomendada por el Padre.

Con esto llegamos a la tercera actitud, la de esperanza. El grito de Jesús es grito de dolor, queja por el abandono y la soledad, pero es ante todo un grito de confianza en el Padre y en la fuerza vivificadora y creadora del Espíritu. Su proyecto se ha derrumbado, sus planes han fracasado, pero Él espera contra toda esperanza y sabe que el Padre, por la fuerza del Espíritu, llevará a término la obra comenzada. Y el Espíritu es quien resucita a Jesús de entre los muertos (Rm 8,11) y le da una nueva vida gloriosa. Este mismo Espíritu es el que nos dará a nosotros una vida gloriosa, acota Pablo (Rm 8,11).

Pero esta relación entre Jesús y el Espíritu nos revela un misterio más profundo, trinitario: la misteriosa relación de amor entre el Padre y el Hijo en el Espíritu. Éste es el hontanar más hondo de nuestra fe en el Espíritu y la fuente mayor de nuestra confianza. Estamos ante el misterio de Dios comunidad de amor que no nos abandona jamás, que nos recrea y nos resucitará el último día.

El Espíritu es el Espíritu de Jesús y nos moldea a su imagen, reproduce en nosotros los rasgos de Jesús.

Los pobres nos enseñan

Formo parte de una comunidad de base de un barrio marginal, donde se reúnen mayormente mujeres sencillas del pueblo, gente que vive en casitas muy pobres, que se gana la vida trabajando de empleada doméstica o haciendo empanadas, o todo lo más en algún trabajo de oficina. Entre los hombres hay algún albañil y algún carpintero sencillo.

Esta comunidad, que con su esfuerzo ha levantado una capilla y un salón parroquial, cuando se reúne para escuchar la Palabra e iluminar con ella su vida, acaba siempre rezando. Y en su oración mayormente dan gracias a Dios por el día, por la salud y por el trabajo y por que no les ha faltado el pan de cada día. No tienen cuentas en los bancos, no tienen reservas, no tienen prestigios ni amistades poderosas, viven al día, sobreviven cada día. Son como la viuda de Sarepta, que tiene la alcuza de aceite y la harina para el día, y nada más.

Y, sin embargo, son profundamente creyentes y alegres, saben festejar los cumpleaños y las fiestas religiosas.

Yo me pregunto de dónde saca esta pobre gente ánimo y esperanza para seguir adelante y para levantarse cada día con ánimo para llevar el pan a casa por la noche. Y cada vez estoy más persuadido de que es la fuerza del Espíritu la que los anima y conserva con ilusión en la vida, siempre esperando un mañana mejor. Son como el viejo Simeón y la profetisa Ana, olvidados por todos, pero a quienes el Espíritu habla y les revela el misterio del Salvador.

Y es que para acoger el Espíritu hay que ser pobre de corazón. Sólo así el Espíritu se convierte en fuerza en medio de nuestra debilidad.